

LA HISTORIA DE LOS CUATRO CENTAVOS

“Cooperar es obrar conjuntamente con otras personas para lograr el buen éxito de lo que se propongan hacer”.



Arte: Fernando Suárez.

Esta es una historia real. Sucedió a mediados del siglo XVIII en Rochdale, Inglaterra y se convirtió en el principal ejemplo de cooperativismo del mundo. Un cuento de cuatro centavos que recorrió el norte de Europa y luego todo el planeta hasta ser ahora replicado por más de mil millones de entusiastas personas de paz.

Sus protagonistas eran personas de origen humilde, 28 obreros, hilanderos de franela. La mayor parte de ellos tejedores que sabían engarzar en el tejido material, la hebra remozadora de los sueños; especialistas en pobreza. Sabían de qué está hecha.



Estos obreros vivían con un presupuesto semanal de unos pocos chelines, que para no exagerar, eran dos o tres.

Siempre que tocaban el tema de los jornales recibían la misma respuesta: No se les puede aumentar porque se arruinaría la industria, además el capital se vería obligado a emigrar del país.

¡Lo que resultaría en un alza general de los precios que nos dejaría en la misma o peor situación!



Es decir condenados a vivir siempre en la pobreza.

Pero a pesar de su situación, ellos no se resignaban a la pobreza y concibieron un plan para desintegrarla. Se habían propuesto transmutar la pobreza individual en riqueza colectiva, cambiando la explotación en hermandad económica.



El plan inició con una difícil tarea para ellos. Ahorrar semanalmente cuatro peniques durante un año.

¡Ya somos veintiocho!



Señorita tesorera, mi novena cuota.

¡Vamos muy bien. Son los últimos cuatro centavos de esta semana!



Esto lo hicieron a costa de muchas privaciones, pero apoyándose los unos a los otros, cuando temían flaquear para satisfacer un apetito, un ansia.

Veamos que pasa en una de las 28 familias:



Hija, por ahora no puedo comprarte la muñeca que quieres. Sólo gano 2 chelines a la semana y ese aumento que tanto esperamos nunca va a llegar...

...pero con el ahorro, que unos amigos y yo estamos haciendo, te compraré más de una. Y a ti hijo, te prometo que ya no van a haber más cajitas, ni tapas, tendrás tus coches para jugar.



Todo va viento en popa y casi finalizando el año siguen los proyectos...

Pronto haremos la segunda parte del plan: abrir una tienda.

¡Pero será diferente a todas!



Será la tienda de todos nosotros: entraremos en la aventura de la posesión colectiva, será nuestra tienda cooperativa, ¡El primer laboratorio de la democracia!



Pasó el año y luego de muchos sacrificios, nuestros protagonistas tenían 28 libras esterlinas ahorradas. 14 de estas se invertirían en provisiones, 10 en el alquiler, por un año, de la casa en la que funcionaría la tienda...

...y las 4 restantes, en la construcción de escaparates y adquisición de enseres de limpieza.



¡Ahora el siguiente paso era encontrar una casa que se ajustara a su presupuesto!

Charles Howarth, uno de los 28 obreros fue el encargado de conseguir la casa.



Luego de buscar por todas partes hallaron una en el famoso "Callejón del Sapo".

¡Esta es la casa que necesitamos!

Con el arriendo y arreglo de la tienda termina la primera etapa en la Historia de los Cuatro Centavos.



El 21 de diciembre de 1844 inició la segunda etapa de esta historia: ese día se hizo la apertura de la tienda y en sus 28 propietarios cundía el miedo al ridículo, ya que su tienda era objeto de todo tipo de burlas.



Los comerciantes ricos de Rochdale enviaron chiquillos afuera de la tienda para sabotear a los soñadores tan pronto abrieran las puertas de su nuevo negocio. Hasta se rumoraba que la orden era apedrearla.



Al llegar la noche, los 28 emprendedores se alegraron de estar a oscuras, pues por primera vez miraron con ojos ajenos su experimento social y las armas con las que contaban.

¿Cuáles eran las armas, al menos los implementos, con los cuales iban a transformar el mundo?



Vean las armas:

Un escaparate de provisiones inventariadas sobre el mostrador tosco, cuatro montoncitos: uno de harina de trigo, otro de harina de avena, otro de azúcar y otro de mantequilla; desmontada así su batería se mostraba ridículamente ineficaz para el combate.

¡Capitalistas de a centavo!

¡Su tienducha entera cabe en mi carretilla!

Se escuchaban afuera las burlas de la gente.



Pasaban las horas y los cerrojos de la tienda no se abrían. Sus 28 propietarios estaban llenos de miedo y sus miradas, vacías y vagas, resbalaban de uno en otro.

Entre las 28 figuras había una mujer. *Ann Tweedale*, quien descubrió que los hombres heroicos, que cobre a cobre amasaron una libra esterlina, estaban acobardados, ensimismados, encogidos e incapaces de enfrentarse al ridículo. Para ella era imposible resignarse con esta visión menguada de sus héroes.

¿Qué es lo que han hecho para avergonzarse así ante el mundo? ¡Por el contrario, tienen mucho de que enorgullecerse! Ustedes tienen algo que enseñarle a las generaciones por venir.

Ann se levantó de su silla y se dirigió a sus compañeros llamándolos por su nombre.

¡Usted *Howarth!*
¡Usted *Cooper!*
¡Usted *Smithies!*
¡Ustedes, todos!



Por eso yo, Ann Twedale voy a rasgar la túnica de miedo que los tiene amarrados: Con esta llave...

...¡Voy a abrir esa puerta!



Diciendo y haciendo, se abalanzó hacia la puerta. Su ímpetu sacudió a los hombres que se apresuraron a librarla del esfuerzo físico de abrir la puerta ya franqueada por la fuerza espiritual de Ann.



¿Muchachos, quieren algo?



¡Tenemos un azúcar tan dulce que es capaz de endulzar el mar amargo!

Y la frase poética, se hizo frase profética. El azúcar cooperativo, unido a los demás productos de la tienda, fue desintegrando la pobreza, transmutándola.

A los 16 años de la apertura de la tienda ya los cuatro centavos movían un volumen anual de negocios de 760.000 libras esterlinas.

Habían pues transmutado la pobreza.

FIN

